

**EL CARISMA DEL
DISCERNIMIENTO**

JACQUES CUSTEAU, S.J.

INTRODUCCIÓN

Tratar sobre el carisma del discernimiento de los espíritus es aventurarse en un terreno delicado, por que la materia es difícil y hay riesgo de ser mal comprendido, mal interpretado. Abundan los tratados sobre el discernimiento en general, o sea el arte de la ciencia del discernimiento de los espíritus; pero son muy escasos los estudios serios que tratan con alguna profundidad el carisma del discernimiento. Nos encontramos pues limitados, casi exclusivamente, a las experiencias vividas por algunas personas y esas personas generalmente no nos escriben para describirnos sus experiencias. Por lo demás, si nos atenemos al testimonio del P. Francis MacNutt, o.p., en su libro *Healing*, el carisma del discernimiento es en extremo raro. El Padre confiesa que, en su larga experiencia y después de recorrer muchos países, no ha encontrado sino contadas las personas a las que se atribuía un auténtico carisma de discernimiento.

Es pues con mucha humildad y temor que nos atrevemos a ofrecer estas reflexiones que presentan el estado actual de nuestras investigaciones en tan delicada materia. Puedan estas breves páginas aportar alguna luz y poner las bases para una reflexión ulterior que deseáramos poder continuar un día.

La experiencia muestra que, para comprender el carisma del discernimiento, hay que compararlo con el arte o ciencia del discernimiento. De ahí las dos partes en que se divide esta exposición.

ARTE O CIENCIA DEL DISCERNIMIENTO

Evidentemente no se trata aquí de dar un tratado completo sobre el arte o ciencia del discernimiento, sino de recordar los elementos que parecen esenciales para la comprensión del carisma.

1. El discernimiento es el arte de reconocer o identificar

La palabra discernimiento viene del latín y significa identificar, reconocer. El médico, al hacer un diagnóstico, identifica, reconoce, discierne la enfermedad que sufre su paciente. Toda persona, con el tiempo termina por discernir lo que es bueno o malo para ella y así comerá o no ciertos alimentos según los haya reconocido como benéficos o como dañinos, tomará tantas horas de sueño, etc. Se discierne o identifica lo que es bueno o malo para uno mismo.

Entendido en su sentido más amplio, el discernimiento supone un verdadero aprendizaje y por eso decimos que es un arte o una ciencia. Todo arte se aprende, aunque más no sea por ensayos y errores. El alfarero aprende a conocer la arcilla y el torno que le servirá para fabricar sus tiestos. El violinista aficionado, que no ha estudiado música ni frecuentado las grandes escuelas, aprende a sacar melodías de su instrumento y a tocar su violín, después de dar muchas notas falsas. También la ciencia es aprendida y a menudo con mucho esfuerzo. El médico ha estudiado en la facultad de medicina anatomía, química orgánica y muchas otras materias; y después ha cumplido un internado en un hospital donde, bajo la supervisión de un médico más experimentado aprende a aplicar la teoría a la práctica. Así adquirió la ciencia médica. Cuando se dice que el discernimiento es arte o ciencia se quiere dar a entender que, de manera habitual, se lo aprende por medio de la teoría y de la práctica.

2. el discernimiento es una señal de madurez

En su libro *The Conspiracy of God* (p. 119), el P. John Haughey, s.j., hace notar que, aún en el orden natural de las cosas “una de las señales del proceso de madurez en los niños es su capacidad mayor para distinguir entre los estímulos a los que se encuentran sometidos interior y exteriormente”. Al comienzo de su vida el niño reconoce a sus padres sólo por el tono de voz. Más tarde la vista se perfecciona y aprende a reconocerlos y distinguirlos de los demás por un conjunto de características exteriores que no dejan lugar a error. Cuando el niño haya crecido y llega a ser adulto, reconocerá la presencia, aún muy discreta, de sus padres por un conocimiento interior que viene del corazón. Pero tal discernimiento no es posible para el recién nacido, se desarrolla a lo largo de los años.

El niño que se encuentra en una etapa del descubrimiento y la exploración del mundo que lo rodea, se siente atraído por los colores fuertes y por las cosas de sabor agradable: todo lo toca y lleva a los labios. Los padres tienen que advertirle continuamente: no toques eso, es peligroso, te harás daño, te quemarás. Poco a poco, y a menudo por dolorosa experiencia, aprenderá que no hay que tocar tal cosa, o comer la otra. Se dice entonces que se ha vuelto más prudente, más maduro. Se hace adulto aprendiendo a distinguir, reconocer, discernir lo que es bueno y lo que no lo es. Lo mismo vale en el plano de lo espiritual: un cristiano adulto es el que sabe reconocer, identificar, discernir la presencia y la acción de Dios y distinguirla de sus falsificaciones.

3. El discernimiento espiritual

Aplicado al dominio espiritual, el discernimiento puede definirse como el arte o la ciencia por la que se reconoce el origen divino o no, la orientación divina o no, de lo que sucede en una persona o en un grupo, basándose en los signos externos o las mociones interiores. Algunos ejemplos ayudarán a comprenderlo mejor.

Viendo actuar a una persona puedo saber si está o no apurada, si está de buen humor o no, si goza de salud o está gravemente enferma. Una serie de señales que identifico (discierno) me permiten darme cuenta de ello. La experiencia me ha enseñado también que se actúa de acuerdo a lo que se es: conozco por experiencia que una persona brusca no observa igual comportamiento que otra que es la dulzura misma.

Si el Espíritu de Dios está actuando en una vida, obrará de acuerdo a lo que él es. La presencia del Espíritu de amor se dejará ver y reconocer en un comportamiento propio del amor. Si por el contrario es el Maligno el que se encuentra en acción en una vida, se dejará discernir del mismo modo porque tendrá un comportamiento conforme con lo que él es. El discernimiento espiritual o discernimiento de los espíritus consistirá pues en reconocer, a partir de las señales, qué espíritu está actuando en una vida.

Jesús, Dios hecho hombre, no estuvo exento de ejercer este discernimiento. Es así que se lo ve, en el desierto, reconocer y desenmascarar a Satán que lo tienta. Además Jesús nos invita al discernimiento y nos da la señal de los frutos como una clave, cuando nos dice: “Guárdense de los falsos profetas. Es por sus frutos como los reconocerán... Así todo árbol bueno produce buenos frutos, pero el árbol enfermo produce malos frutos. Un árbol bueno no puede dar malos frutos, ni un árbol enfermo darlos buenos” (Mt. 7, 15-18).

La pregunta que viene espontáneamente a la mente es esta: ¿cuáles son esos frutos que nos permitirán identificar la acción del Espíritu Santo o la acción del Maligno? Los frutos son de dos clases: frutos exteriores y frutos interiores.

4. Las señales externas

Podrían mencionarse muchas; pero nos limitamos a tres que son fáciles de reconocer.

La primera señal es: *la conformidad con la Revelación de la Sagrada Escritura*. La persona que se cree guiada por el Espíritu, pero al mismo tiempo niega la divinidad o la humanidad de Jesús, o no acepta la resurrección diciendo que con la reencarnación le basta, está en flagrante contradicción con la Escritura que es inspirada por el Espíritu. El Espíritu Santo no puede contradecirse.

La segunda señal va junto a la primera, es: *la conformidad con la enseñanza de la Iglesia*. No nos referimos a cuestiones de disciplina sino a la enseñanza de la Iglesia en materias de fe y de moral. La Iglesia recibió del mismo Cristo la misión de enseñar en este dominio, goza de esa asistencia especial del Espíritu Santo que llamamos infalibilidad. Una revelación contraria a esta enseñanza de la Iglesia no podría venir del Espíritu Santo, pues el Espíritu es el alma de la Iglesia y estaría contradiciéndose a sí mismo.

Una tercera señal es lo que podríamos llamar *el deber de estado*. Una madre de familia, con marido e hijos pequeños, que va a decirle a su director que el Espíritu le ha indicado que ella hizo bastante por ellos y que debe dejarlos consagrar su vida al anuncio del Evangelio en los caminos, podrá ser orientada con suavidad y firmeza a volver a su casa porque es poco probable que tal inspiración venga del Espíritu Santo. El Señor es fiel y no la

aparatará del sacramento del Matrimonio que ya contrajo y de las obligaciones que de él se derivan.

Estas tres señales, fáciles de observar, son de gran ayuda en la primera etapa del discernimiento que haya de realizarse con una persona o un grupo; pero no bastan. Puede suceder que hasta este punto todo sea perfectamente normal y que sea necesario ahondar más. Intervienen entonces las señales interiores.

5. Señales interiores

Todos los autores que trataron del discernimiento espiritual en el transcurso de los siglos, comentaron el famoso texto de San Pablo a los Gálatas (5, 22-24) donde el apóstol enumera los frutos o signos por los cuales se reconoce o discierne la acción del Espíritu Santo:

“el fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, longanimidad, servicialidad, bondad, confianza en los demás, mansedumbre, dominio propio; contra tales cosas no hay ley. Los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y codicias”.

Un poco antes (v. 19-21), refiriéndose a la carne, San Pablo había dicho cuáles eran los frutos del Maligno:

“Es bien sabido lo que produce la carne: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, magia, odios, discordia, celos, arrebatos, disputas, disenciones, cismas, sentimientos de envidia, orgías, comilonas y cosas semejantes”.

Cuando el Espíritu Santo actúa en mi vida, él, que es Espíritu de Amor, Amos sustancial del Padre y del Hijo como dice la teología, obra en conformidad con lo que él es. Sabemos que el amor verdadero engendra esa caridad delicada que es gozo, paz, servicialidad, humildad, bondad, confianza en el otro, etc. Si encontramos estos frutos en la vida de una persona tenemos una señal segura de que el Espíritu Santo están en acción. A la inversa, cuando el maligno está en acción, él, que es padre del orgullo y de la mentira, se manifiesta por todos esos frutos que brotan normalmente del orgullo y que son: la envidia, el odio, los celos, la división, la cólera, la tristeza. En pocas palabras y simplificando, se puede decir que el Espíritu se manifiesta por la paz, la alegría y la humildad y que el Maligno, por el contrario, se deja identificar por la división, la tristeza y el orgullo.

6. Los frutos y el tiempo

La imagen de los frutos, que el Señor usa en el Evangelio, sugiere la idea de tiempo y de duración. Los auténticos frutos permanecen, no así las flores que sólo duran un tiempo y pasan. Esto nos indica que el discernimiento, como arte o ciencia, se hace en el tiempo, pues hay que tomarse el tiempo de comprobar si los frutos permanecen. La paz, alegría, serenidad y demás frutos observados, ¿permanecen de manera habitual en la persona o el grupo? Si es así, el Espíritu Santo está actuando. A menudo estamos apurados, tenemos la tentación de terminar todo demasiado rápido. Pero la prueba del tiempo es importante. Así lo comprendía San Pablo cuando, escribiendo a Timoteo, le daba el siguiente consejo respecto a los obispos: “Que no sea un convertido reciente” (1 Tim. 3,6). El mismo consejo entramos al tratarse de los diáconos: “Se comenzará por ponerlos a prueba” (1 Tim. 3,10). Y finalmente, un consejo semejante para los presbíteros: “No te precipites en imponer las manos a quienquiera que

sea” (1 Tim. 5,22) Los frutos verdaderos permanecen y se revelan en el tiempo. El discernimiento se vive en el tiempo.

7. Al Capone y santa Teresa de Ávila

La prueba del tiempo es tanto más importante cuanto que Satán, padre de la mentira, sabe disfrazarse para engañar mejor. Evidentemente la acción de Dios, y la de Satán, no son iguales cuando se trata de Al Capone y cuando se trata de santa Teresa de Avila. Con un pecador empedernido Satán no tiene para qué preocuparse, ya es suyo, y lo adormecerá para mantenerlo en el mismo estado. Dios, por el contrario, trabaja en la conciencia del pecador para que se sienta llamado a la conversión, a un cambio de vida.

Por otra parte, el Maligno no puede atacar abiertamente a santa Teresa de Avila pues ella, entregada completamente a Dios, rechazará de inmediato sus proposiciones. En esos casos, el Maligno trata de imitar la acción de Dios y así desviar imperceptiblemente a la persona y atraerla hacia él. Se disfraza de ángel de luz; pero, como dice San Ignacio siempre será posible descubrirlo por su cola de serpiente. Si al comienzo aparecen algunos frutos que parecen venir de Dios, sin embargo subsiste alguna duda. Después de un tiempo las cosas no se ven tan claras y hay que saber esperar. Al final, los frutos manifiestan claramente el origen de lo que sucede en la persona porque constata que los frutos no son los del Espíritu.

8. Varios signos

Sucede a veces que dos personas tienen la voz tan parecida que, al oírlas en el teléfono, se las puede confundir. Si no hubiera otras características por las cuales identificarlos uno podría engañarse constantemente. Sin embargo, con la ayuda de muchos otros elementos, se termina por identificar correctamente a las personas. Lo mismo ocurre en el discernimiento. No hay que depender de un solo signo sino más bien tomar un conjunto de señales que constituyen una convergencia. El Espíritu que está actuando es el Amor mismo de Dios derramado en nuestros corazones (Rm. 5,5). Cuando alguien ama, no se contenta con sólo amar; su amor lo hace ser atento, previsor, delicado, abierto al otro, etc. Es lo que dice San Pablo en el capítulo 13 de la primera carta a los Corintios, en el himno de la caridad. Cuando se ha releído ese capítulo se comprende por qué, en Gálatas 5,22 San Pablo dice: “EL FRUTO del Espíritu es...”. Y escribe en singular; pero el amor muestra toda clase de facetas según las circunstancias diversas en las que está llamado a expresarse.

9. El aprendizaje del discernimiento

Un antiguo proverbio afirma que “es herrando como se llega a ser herrero”. Así podría decirse que es discerniendo como se aprende a discernir. Aprender supone que no siempre se consigue el éxito la primera vez, ni siquiera la segunda. Ayudado por el conocimiento de los principios y por la experiencia, se termina por perfeccionarse. La presencia de una guía espiritual competente puede ser una ayuda preciosa para progresar; tanto más tomando en cuenta que solemos tener bastante dificultad para ver con claridad en los asuntos que nos conciernen a nosotros mismos, en cambio, ¡nos parece tan fácil cuando se trata de otros!

En algunas personas este aprendizaje llega a hacer del discernimiento algo tan natural, dan la impresión de una facilidad tan grande, que no sentimos inclinados a hablar de un don. De esto se tratará mas adelante.

CONCLUSIÓN

Volviendo a tomar los diversos elementos de que se ha hablado, se puede decir:

1. que el discernimiento es una arte, una ciencia;
2. que el discernimiento se aprende, porque es una ciencia;
3. que esta ciencia se basa en la identificación de un conjunto de frutos espirituales;
4. que el discernimiento se vive en el tiempo porque se necesita tiempo para identificar los frutos y comprobar los que son duraderos;

En otras palabras, se podría decir que este arte o ciencia del discernimiento, llamado también discernimiento clásico, es un discernimiento adquirido, un discernimiento que es el resultado de un análisis de los frutos espirituales, análisis que nos permite finalmente llegar a una certeza moral y afirmar que el que está actuando que es el Espíritu Santo o el Maligno.

EL CARISMA DEL DISCERNIMIENTO

En la introducción se dijo que el discernimiento como tal ha sido estudiado desde hace mucho tiempo. Basta leer en los diccionarios de teología y de espiritualidad el artículo “discernimiento”, para constatar cuántos Padres de la Iglesia y autores espirituales de todas las épocas han tratado sobre el tema. En cambio, se ha estudiado muy poco el carisma del discernimiento de espíritus: los estudios son inexistentes o muy breves. Lo que diremos aquí no tendrá por lo tanto la misma fuerza que lo expuesto en la primera parte. A menudo tendremos que contentarnos con aproximaciones o con opiniones personales.

1. *¿Existe el carisma de discernimiento?*

La existencia del carisma de discernimiento no deja duda posible. Basta con remitirse a la enseñanza de la Escritura y a la vida de la Iglesia a través de los siglos.

En el Capítulo 12 de la 1era. Epístola a los Corintios San Pablo enumera ciertos carismas y entre ellos menciona el discernimiento de los espíritus: “A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu con miras al bien común... A uno... a tal otro el discernimiento de los espíritus” (v. 8 y 10). Aún cuando en los Evangelios no se encuentra la expresión *carisma de discernimiento*, Jesús lo ejerció en repetidas ocasiones. En Mateo 16, 13 ss., vemos que, en camino hacia Cesaréa de Filipo, Jesús interroga a sus discípulos para saber lo que se dice de él. Finalmente Pedro el que responde: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Al momento Jesús lo felicita por haber discernido bien; pero ese discernimiento no venía de Pedro: “Esta revelación te ha venido, no de la carne y de la sangre, sino de mi Padre que está en los cielos”. Pedro acaba de vivir una experiencia de discernimiento carismático. Inmediatamente después del primer anuncio de la Pasión y el relato de Mateo nos cuenta que Pedro se puso a reprender a Jesús diciéndole: “¡Dios te libre, Señor! ¡No, eso no te sucederá!” Jesús se volvió y dijo a Pedro: “¡Retírate Satanás! Eres para mí un obstáculo porque tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres”. Esta vez es Jesús el que ejerce el discernimiento identificando de inmediato, con la luz del Espíritu, qué espíritu se hallaba en Pedro al hablar de esa manera. Es un pasaje del Evangelio muy rico por lo que se refiere al discernimiento.

Si nos detenemos ahora a recordar la historia de la Iglesia, comprobamos que el carisma del discernimiento ha existido a lo largo de los siglos. Se encuentran ejemplos en la vida de ese gran maestro de discernimiento que fue San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. Todo el mundo ha oído hablar del Cura de Ars, San Juan María Vianney y de lo que sucedía en su confesionario. Más cerca de nosotros, hemos sido admirablemente sorprendidos de constatar el don de discernimiento de que ha gozado en ciertas ocasiones el Hermano Andrés, c.s.c., respecto de personas que lo buscaban para pedir una sanación. No cabe duda que el carisma del discernimiento existe.

2. *un ejemplo concreto*

Un ejemplo vale por muchas palabras. El que vamos a narrar se produjo realmente y garantizamos su autenticidad. Nos ayudará a captar en vivo y en acción lo que es el carisma del discernimiento. Varios años antes de la Renovación carismática, durante un retiro, una persona de cierta edad solicitó una entrevista al sacerdote que lo dirigía. El sacerdote aceptó y la persona vino. Entrando al escritorio preguntó: “¿Le molestaría si uso la mecedora?” y se sentó y empezó a mecerse. El padre comenzó por hacer algunas preguntas a las que la

persona se limitó a responder sí o no. El Padre, molesto, cambió la formulación de sus preguntas para que la persona hablara más. Respondió con tres o cuatro palabras y cayó de nuevo en el mutismo. Después de una media hora el Padre estaba exasperado, mientras tanto la persona continuaba meciéndose. De súbito, el Padre tuvo la luz interior y al instante dijo a la persona: “En su vida ocurre tal cosa y su problema es este”. La persona dejó de mecerse, abrió muy grandes los ojos y preguntó: “¿Cómo lo sabe usted?” El resto de la entrevista se desarrolló en forma normal y en la vida de esa persona se produjo un verdadero desbloqueo espiritual.

3. Reflexiones sobre este ejemplo

El sacerdote en cuestión hacía notar después que todo había sucedido con mucha rapidez, “lo que demora decirlo”, explicaba. Para comprender mejor lo ocurrido vamos a utilizar la técnica de cámara lenta a que nos ha acostumbrado la televisión.

1) Cuando en el curso de un retiro una persona quiere una entrevista, se puede suponer que desea hablar de un problema, de su vida espiritual, pedir una aclaración, etc. Es normal por tanto que el guía espiritual interroge para llegar a conocer qué es lo que esa persona está viviendo espiritualmente. Es el camino del discernimiento ordinario, del discernimiento clásico que se trató en la primera parte, y que permite sacar conclusiones partiendo de lo que se ha observado. En el caso presente esa forma de discernimiento se hacía imposible debido a que la persona no aportaba los elementos necesarios. Se produce pues un impase. Es en ese momento cuando surgen nuevos elementos, pero no en la persona que consulta sino en la que discierne.

2) Uno de los elementos nuevos es la luz interior, la iluminación súbita de la inteligencia que recibió este sacerdote. En el discernimiento ordinario se va haciendo la luz progresivamente, gradualmente, a medida que se va apreciando con más claridad los diversos elementos que se someten al discernimiento. Podría compararse la luz interior del discernimiento tradicional a la iluminación que va aumentando sobre el proscenio de un teatro a medida que el electricista opera los controles. En cambio, en el carisma del discernimiento, se trata de una luz súbita en la que no hay proporción entre lo que la persona comunica lo que capta repentinamente el que discierne. Es una iluminación que proviene del Espíritu y que es dada. Es lo que suele llamarse un conocimiento infuso, por contraposición al conocimiento adquirido. Este conocimiento no ha pasado por los sentidos, como es el caso en lo demás conocimientos que poseemos, sino que es infundido directamente por el Espíritu Santo en la inteligencia.

3) Esta iluminación o conocimiento infuso se refiere a un punto preciso: el origen y la orientación, divina o no, de lo que pasa en una persona o en un grupo. Sin análisis, se sabe inmediatamente si algo viene de Dios o no, si una orientación conduce a Dios o no. En el caso citado, debido al mutismo de la persona, el Padre carecía de elementos de juicio en los cuales basarse. Y he aquí que, por una iluminación interior, discierne la causa de lo que ocurre en la vida de esa persona.

4) Este conocimiento infuso va acompañado por un segundo elemento en extremo importante: la certeza. No se trata de la seguridad que puede tenerse ante un caso muy claro. Es una certeza absoluta, una evidencia interior de la que no se duda, de la que no se puede en absoluto dudar. Movido por esa certeza, el Padre dijo al momento a la persona: “Sucede tal cosa en su vida”. (Notemos de paso que nos siempre será conveniente decir de inmediato a la persona lo que el carisma del discernimiento ha hecho comprender).

Partiendo de este ejemplo y de las reflexiones que se acaba de hacer, podemos intentar una definición del carisma.

4. ¿Qué es el carisma del discernimiento?

El carisma del discernimiento es un conocimiento que infunde directamente el Espíritu Santo. Esta luz ilumina de tal modo la inteligencia que la voluntad no puede dudar del origen y de la finalidad, divina o no, de los pensamientos, impulsos, experiencias o acciones de una persona o un grupo.

1) Decimos que esta forma de discernimiento es un carisma porque es dado gratuitamente por Dios a algunas personas y no a todo el mundo. Todos están llamados a discernir, pero no todos reciben esta forma de discernimiento que se llama discernimiento carismático.

2) En el carisma del discernimiento el conocimiento es infuso, inmediato, instantáneo y por eso hablamos de una luz interior. En el discernimiento ordinario el conocimiento es adquirido y progresivo.

3) En el discernimiento clásico se puede llegar a una certeza moral que siempre deja lugar a dudas, porque es posible preguntarse si el discernimiento estuvo bien hecho, si se contó con todos los elementos, etc. Cuando se trata del carisma del discernimiento no queda lugar para la duda, ni siquiera hay posibilidad de dudar, porque el conocimiento recibido viene de Dios mismo, que comunica con su propia luz, por una revelación interior que él hace a quien quiere.

4) Sea ciencia o carisma, en ambas formas el objeto del discernimiento sigue siendo el mismo: el origen divino o no, la orientación divina o no, de lo que sucede en una persona o un grupo.

5) Como en el carisma del discernimiento el conocimiento es infuso e inmediato, el P. José de Guibert lo describió como “una especie de instinto sobrenatural” por lo que se percibe intuitivamente lo que sucede (Lecons de théologie spirituelle, p. 306). Fácilmente se comprenderá que el carisma es algo más que un instinto o intuición, aunque puede utilizar esos caminos.

6) Por último, este carisma como todos los otros, no se da para el provecho del que discierne sino para el bien de la comunidad, “con miras al bien común”, como dice San Pablo (1 Co. 12,7). La finalidad de los carismas es la construcción del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

5. CARISMA y carisma

En el No. 9 de la primera parte se alude a personas que ostentan una “gran facilidad” para ejercer el arte del discernimiento. Esta facilidad, adquirida por la experiencia y la práctica, es tan notable que se suele decir que tienen el carisma del discernimiento.

A la luz de lo tratado en el último párrafo, se comprenderán dos cosas:

En primer lugar: esta facilidad no es carisma en sentido estricto porque la certeza no es absoluta y el conocimiento no es infuso sino adquirido. Hay pues carisma en sentido estricto y carisma en sentido amplio.

En segundo lugar: No siempre es fácil determinar con exactitud por donde pasa la línea de demarcación entre ciencia y carisma. Si en teoría es fácil establecerlo, en la práctica no lo es. La facilidad para discernir puede ser tan grande que llegue a dar la impresión de que se actúa por una especie de instinto espiritual muy seguro. Este instinto, ¿es adquirido o es un don? ¡La línea divisoria es muy tenue!

6. Discernimiento carismático y fenómenos físicos

Es un asunto muy delicado; pero, aún sin tener experiencia personal al respecto, no se puede dejar de tratarlo. Sucede que el carisma de discernimiento se acompañe de sensaciones físicas. El P. Albert de Monléon en el folleto *L'expérience des charismes*, pág. 21, habla de “sensaciones físicas precisas o más vagas, como la sensación de malestar o irritación”. Otros hablan de calor, algo que quema en el alma, etc. ¿Cómo evaluar estos fenómenos?

1) Aunque no se da en todos los casos ni en todas las personas hay que reconocer que la existencia del hecho es una realidad difícil de negar debido a la seriedad de las personas que hablan de ella.

2) Hay que graduarse de identificar estos fenómenos con el carisma mismo. Hay auténtico carisma en personas que no los experimentan. A lo sumo ellos podrían constituir una especie de signo que, según el Po. De Monléon, “se aprende a reconocer con la costumbre”.

3) Al parecer, estos fenómenos físicos que son algo secundario, no perduran sino un cierto tiempo; el tiempo que tarda el Señor en educar a alguien que él quiere guiar. Es como colocar boyas para que se aprenda a reconocer una ruta.

4) Estos fenómenos son frágiles por el hecho mismo de ser exteriores y hace necesaria una gran prudencia. Como se trata de signos sensibles, pueden comportar una buena dosis de elementos psicológicos y psíquicos que será preciso dilucidar con el tiempo y no resultará fácil.

5) La explicación de los fenómenos físicos está en la situación de encarnación que vivimos: no somos solamente espíritu sino también carne. Cuando el Espíritu infunde un conocimiento sin que pase por la vía obligada de los sentidos, las sensaciones físicas pueden ayudar a tomar conciencia de lo que sucede. Una vez que la persona se habitúa, esas sensaciones podrán desaparecer.

En todo esto hay que recordar la recomendación de San Pablo: “No apaguen el Espíritu. Examinenlo todo y retengan lo que es bueno” (1 Tes. 5, 19 y 21).

7. ¿Quién puede recibir este carisma?

El Espíritu, autor de todos los carismas, distribuye “sus dones a cada uno en particular como a él le parece” (1 Co. 12, 11). En teoría, todos pueden recibir este carisma y muchos otros. El Espíritu es libre. Leemos en el Evangelio que Caifás dijo: “Vale más que un solo hombre muera por el pueblo y no perezca toda la nación” y San Juan comenta esta frase diciendo: “Profetizó que Jesús había de morir por la nación y no sólo por la nación sino para reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos” (11, 50-52). Lo mismo ocurre con el carisma del discernimiento.

Esto debe llevarnos a la humildad pues los caminos de Dios son misteriosos y desconcertantes, su sabiduría no es la nuestra. ¿Acaso no eligió para fundar a su Iglesia a doce pobres pescadores de Galilea, habiendo tantos hombres brillantes en Jerusalén?

La gracia se injerta sobre la naturaleza, por eso, salvo prueba contrario, pensamos que el discernimiento adquirido, ordinario, utiliza normalmente como canal ciertas cualidades humanas de sabiduría y equilibrio, informadas por la gracia. En cambio, tratándose del carisma del discernimiento, por se una luz recibida directamente de Dios, puede utilizar cualquier camino, aún la boca de los niños o de personas que nos parecerían no tan equilibradas. El Espíritu es libre y no nos toca a nosotros indicarle por donde debe pasar.

8. Este carisma, ¿Es permanente?

Por varios motivos nos inclinamos a pensar que no lo es. En la historia de la Iglesia ha habido santos en los cuales se reconoció la existencia de un auténtico carisma de discernimiento, como es el caso de San Ignacio de Loyola y del Santo Cura de Ars. Y en ellos el carisma no estuvo siempre en actividad. Es la *primera razón*.

Una *segunda razón* está tomada de la economía de la gracia en la cual vivimos. Dios no acostumbra a multiplicar sin necesidad las gracias excepcionales, o maravilloso. Así como el Señor no hacía milagros a pedido del público ni para asombro de los bobos, tampoco hará que el carisma de discernimiento opere a voluntad de la persona.

Tercera razón. El Señor invitó a todos a discernir, a reconocer los signos de los tiempos; lo mismo hacen San Pablo y San Juan. Se trata del discernimiento ordinario que toda persona puede llevar a cabo sirviéndose de la inteligencia, iluminada por la fe, que el Señor mismo nos dio. Volviendo al ejemplo del párrafo no. 2 vemos que siempre se comienza por el discernimiento ordinario que es el camino habitual. Después, si el Señor lo quiere y por razones que sólo él conoce, puede entrar en juego el carisma.

Cuarta razón. Se la deduce de la comunicación con los otros carismas. Por ejemplo, el carisma de la inhabilidad del Papa, según la fe católica, se ejerce un dominio limitado y en condiciones bien precisas: el Papa no es infalible siempre que habla. Tampoco el profeta profetiza cada vez que abre la boca, sino cuando es tomado por el Espíritu. Una persona en la que se hubiera manifestado el carisma de discernimiento no por eso va a discernir de manera carismática siempre que emite una opinión.

9. ¿En qué casos interviene el carisma?

Si el carisma de discernimiento no es permanente, se nos plantea de inmediato la pregunta: ¿Cuándo interviene el carisma interviene cuando:

- 1) el discernimiento ordinario se encuentra bloqueado y no se puede avanzar más allá;
- 2) se hace necesaria, para el bien de una persona o de un grupo, una respuesta inmediata que no se podría obtener de otro modo.
- 3) El Señor lo juzga oportuno para el bien de alguna persona o grupo.

Es motivo de malestar la actitud de algunas personas que se glorían atribuyéndose un carisma de discernimiento que operaría constantemente y en todas las circunstancias.

10. Discernir el carisma del discernimiento

“Queridos míos, dice San Juan, no se fíen de cualquier espíritu sino que prueben los espíritus para ver si vienen de Dios” (1 Jn. 4, 1). Por su parte San Pablo escribe: “No apaguen el Espíritu... pero examínenlo todo y quédense con lo bueno” (1 Tes. 5, 19). Como todos los demás carismas, también el de discernimiento tiene que ser discernido. Se discierne sobre las gracias del Señor, las visiones, revelaciones, dones de profecía o de conocimiento; en la misma forma hay que hacer un discernimiento sobre el carisma del discernimiento. Al no hacerlo se corre el peligro de dejarse guiar por iluminados. P. Robert Michel, o.m.i., escribe en el Boletín de la diócesis de Québec (Agosto/Septiembre 1976, pág. 11): “Aunque una persona goce de un auténtico carisma de discernimientos, de todos modos está expuesta al error y a la ilusión, sea en el uso que hace de su don, sea en las conclusiones que saca de él. De ahí la necesidad de discernir, aún tratándose de carisma de discernimiento”.

En primer lugar hay que verificar la autenticidad del carisma mismo y eso puede requerir un lapso de tiempo bastante largo, porque hay verificaciones que sólo se realizan a base de los hechos y habrá que saber esperar. También hay que verificar los límites del carisma y su ejercicio. En esto, igualmente habrá que tomarse el tiempo necesario, porque un carisma puede ser auténtico, pero la persona no conoce aún los límites o no ha aprendido a servirse de él. La precipitación podría hacernos apagar el Espíritu.

La cuestión se vuelve aún más delicada cuando se trata de saber quien ha de realizar esta verificación. No ha que desestimar el valor de la ayuda de un prudente guía espiritual, especialmente si tiene experiencia en el campo del discernimiento. Un grupo de personas, unidas por fuertes lazos de caridad que les permiten expresarse, puede hacer un discernimiento sobre la autenticidad (o no autenticidad) de diversas formas de acción del Espíritu. En último término, es de la competencia del Obispo o de sus delegados, el discernir sobre las diversas manifestaciones del Espíritu, incluyendo el carisma de discernimiento. Pablo VI recordó esta enseñanza en su discurso de 1975.

El P. de Monléon escribe: “Lada su naturaleza propia y de la de los carismas en general, es especialmente importante que el discernimiento sea ejercido por varias personas. Está relacionado con la comunión fraterna y el discernimiento de uno solo pide generalmente ser completado, “discernido”, por otros. El discernimiento en la Iglesia incumbe más particularmente a los pastores, no en primer lugar para ver lo que es malo, sino para retener lo que es bueno” (1 Tes. 5, 21). (Obra citada, pág. 22).

11. ¿Un carisma en estado puro?

Sabemos que el oro se encuentra siempre mezclado con otros minerales, a menudo sucede así con los carismas y en particular el de discernimiento. Junto con él se pueden encontrar elementos que corresponden a la profecía, al don de conocimiento o de leer en los corazones, a la palabra de sabiduría, etc. En el ejemplo citado anteriormente, además del discernimiento encontramos el don de conocimiento que permitió al sacerdote identificar la causa de lo que ocurría en la persona.

12. Utilidad y peligros de este carisma

El carisma del discernimiento no sólo sirve en el ministerio de liberación o de exorcismo como parecen pensar algunos autores. Tampoco creemos que sirva únicamente para determinar el origen de los fenómenos carismáticos, como señala la Biblia de Jerusalén en su nota a 1 Co. 12, 10.

La utilización del carisma se extiende mucho más allá. Permite descubrir de inmediato qué espíritu está actuando en una vida, una actitud, una oración, una profecía, una enseñanza, etc. Útil en toda clase de circunstancias, lo es aún más para las personas que tiene cargo de almas responsabilidades pastorales.

Esta forma de discernimiento comporta sin embargo ciertos peligros.

Peligros para el que discierne:

- 1) peligro de apegarse más al don mismo que al Autor del don y a la finalidad para la que es concedido;
- 2) peligro del orgullo y del prestigio personal como si viniera de la persona misma y no fuera totalmente recibido del Espíritu;
- 3) peligro de utilizar mal el don, equivocándose en las conclusiones que pueden sacarse de las luces que da el Señor;
- 4) peligro de tomar como luces del Espíritu los propios deseos, temores o angustias;

Peligros para las personas que son objeto del discernimiento:

1) Peligro de andar “a caza de lo maravilloso”. Si debido a estar mal informado o haber comprendido mal, se piensa que el carisma es automático y funciona en todo momento, se va tras las personas que puedan tener el carisma de discernimiento.

2) peligro de pereza espiritual y de mantenerse en una especie de infantilismo espiritual. En lugar de esforzarse por conocer los caminos de Dios y sus llamados, se busca una persona que pueda dar de inmediato todas las respuestas y decir lo que hay que hacer.

“No hay que... fundar la vida espiritual sobre cosas exteriores a uno mismo: palabras, profecías, revelaciones, mensajes, etc. Se correría el riesgo de parecerse a un árbol de Navidad, cargado... con adornos exteriores, pero privado de savia y de vitalidad interior. La palabra discernimiento escuchada exteriormente... es una ocasión para verificar dentro, en el fondo de uno mismo. Siempre hay que retornar al fondo del corazón para percibir el llamado de Dios para el momento presente. Nadie tiene derecho a actuar de manera automática sin ir a ver al fondo de su conciencia lo que el Señor quiere decirle. De otro modo se estaría sacrificando el medio más precioso para ir hacia Dios: la conciencia profunda, el juicio y la libertad. Una palabra humana venida del exterior no puede reemplazar lo que el Señor dice en el fondo del corazón” (P. Robert Michel, *Bulletin de Liaison*, pág. 12).

CONCLUSIÓN

El lector puede volver a comparar por sí mismo el carisma con el arte y ciencia del discernimiento. Ponemos para terminar el sabio consejo del P. de Guibert: “(El carisma del discernimiento) aún donde aparece como más auténtico, no confiere en absoluto la infalibilidad... Parece, por lo demás, que el carisma propiamente dicho es bastante escaso; lo que ocurre más a menudo es que Dios refuerza con especiales luces interiores un don de discreción adquirido por la experiencia y la prudencia en la aplicación de las reglas que han sido formuladas sobre este asunto por la enseñanza tradicional de los maestros de la vida espiritual” (Obra citada, pág. 306).